

## Para comenzar

Hay ocasiones en nuestras vidas en que necesitamos la ayuda de otros. Sin embargo, a veces la vergüenza nos hace rechazar las ofertas de ayuda que desesperadamente necesitamos. A ver si en *El vaso de leche* puedes encontrar por lo menos tres casos en que el sentimiento de vergüenza impide la resolución del problema del joven.

## Manuel Rojas

Nacido en Buenos Aires, de padres chilenos, Manuel Rojas (1896-1973) pasó gran parte de su vida en Chile, donde trabajó de periodista, marinero y actor. Es novelista y cuentista de primer orden. En sus obras se ven reflejados su sinceridad, su individualismo y su humanismo. Es conocido por su colección de cuentos titulada *Hombre de sur* (1926) y por su novela *Lanchas en la bahía* (1932).

## El vaso de leche

El marinero parecía esperar a alguien. Tenía en la mano izquierda un bulto° de papel blanco, manchado de grasa° en varias partes.

Entre unos vagones apareció un joven delgado; se detuvo un instante, miró hacia el mar y avanzó después, caminando por la orilla° del muelle° con las manos en los bolsillos, distraído o pensando.

Cuando pasó frente al barco, el marinero le gritó en inglés:

—I say; look here! (¡Oiga, mire!)

El joven levantó la cabeza y, sin detenerse, contestó en el mismo idioma:

—Hallow! What? (¡Hola! ¿Qué?)

—Are you hungry? (¿Tiene hambre?)

Hubo un breve silencio, durante el cual el joven pareció reflexionar y hasta dio un paso más corto que los demás, como para detenerse; pero al fin dijo, mientras dirigía al marinero una sonrisa triste:

—No, I am not hungry. Thank you, sailor. (No, no tengo hambre. Muchas gracias, marinero.)

—Very well. (Muy bien.)

El joven, avergonzado de que su aspecto despertara sentimientos de caridad, pareció apresurar el paso°, como temiendo arrepentirse° de su respuesta.

Él tenía hambre. Hacía tres días justos que no comía. Y más por su timidez y vergüenza que por orgullo, se resistía a pararse delante de los vapores° a las horas de comida, esperando de la generosidad de los marineros algún paquete de restos de guisos° y trozos° de carne. No podía hacerlo.

Hacía seis días que vagaba por las calles y muelles de aquel puerto. Lo había dejado allí un vapor inglés de Punta Arenas, donde había desertado de un vapor en que servía como muchacho del capitán. Estuvo un mes allí y en el primer barco que pasó hacia el norte, se embarcó ocultamente°.

Lo descubrieron al día siguiente y lo enviaron a trabajar en las calderas°. En el primer puerto grande que tocó el vapor lo desembarcaron, y allí quedó, sin conocer a nadie, sin un centavo en los bolsillos y sin saber trabajar en oficio alguno.

mientras estuvo allí el vapor, pudo comer, pero después...

Aunque era muy joven había hecho varios viajes por las costas de América del Sur, en diversos vapores, haciendo distintos trabajos y faenas° que en tierra casi no tenían aplicación.

Después que se fue el vapor, anduvo y anduvo esperando del azar° algo que le permitiera vivir de algún modo, pero no encontró nada.

Convencido de que no podía resistir mucho más, decidió recurrir° a cualquier medio para procurarse alimentos.

Encontró un vapor que acababa de llegar la noche anterior y que cargaba° trigo°. Había una larga fila de hombres trabajando allí. Estuvo un rato mirando hasta que se atrevió° a hablar con el capataz°, ofreciéndose. Fue aceptado y empezó a cargar los pesados° sacos.

Al principio trabajó bien; pero después empezó a sentirse fatigado.

A la hora de almorzar hubo un breve descanso y en tanto que algunos fueron a comer en los figones° cercanos y otros comían lo que habían llevado, él se tendió° en el suelo a descansar, disimulando° su hambre.

Terminó la jornada completamente agotado°, cubierto de sudor°. Le preguntó al capataz si podían pagarle inmediatamente o si era posible conseguir un adelanto°.

El capataz le contestó que la costumbre era pagar al final del trabajo y que todavía era necesario trabajar al día siguiente para concluir de cargar el vapor. ¡Un día más!

—Pero, —le dijo—si usted necesita, yo puedo prestarle° unos cuarenta centavos... No tengo más.

Le agradeció° el ofrecimiento con una sonrisa angustiada y se fue. ¡Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que le doblegaba° como un latigazo°; veía todo a través de una niebla° azul y al andar vacilaba° como un borracho.

Sintió de pronto como una quemadura° en las entrañas° y se detuvo. En ese instante, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanos, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga.

Apuró° el paso, y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar; lo importante era comer, comer, comer. Cien veces repitió mentalmente esa palabra: comer, comer, comer, hasta que el vocablo perdió su sentido.

En una de las calles de la ciudad encontró una lechería°. Era un sitio muy claro y limpio, lleno de mesitas con cubiertas° de mármol°. Detrás de un mostrador° estaba de pie una señora rubia con un delantal° blanquísimo.

No había sino un cliente. Era un viejo de anteojos°, que, leyendo un periódico, permanecía inmóvil, como pegado° a la silla. Sobre la mesita había un vasito de leche a medio consumir°.

Esperó que se terminara, paseando por la acera, sintiendo que poco a poco se le encendía° en el estómago la quemadura de antes, y esperó cinco, diez, hasta quince minutos.

Por fin el cliente terminó su lectura, se bebió el resto de la leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y se fue.

El joven esperó que se alejara y entró. Estuvo un momento indeciso, no sabiendo dónde sentarse; por fin eligió una mesa y se dirigió hacia ella.

Acudió° la señora y con voz suave le preguntó:

—¿Qué se va usted a servir?

Sin mirarla, le contestó.

—Un vaso de leche.

—¿Grande?

—Sí, grande.

—¿Solo?

—¿Hay bizcochos°?

—No; vainillas.

—Bueno, vainillas.

Volvió la señora y colocó ante él un gran vaso de leche y un platillo lleno de vainillas. Su primer impulso fue el de beberse la leche de un trago° y comerse después las vainillas pero en seguida se arrepintió; sentía que los ojos de la mujer lo miraban con curiosidad. No se atrevía a mirarla; le parecía que, al hacerlo, conocería sus propósitos vergonzosos° y él tendría que levantarse e irse, sin probar lo que había pedido.

Pausadamente tomó una vainilla, humedeciéndola° en la leche, y la comió; bebió un sorbo° de leche y sintió que la quemadura, ya encendida en su estómago, se apagaba°. Pero, en seguida, la realidad de su situación desesperada surgió ante él y algo caliente subió desde su corazón hasta la garganta°; se dio cuenta de que iba a sollozar a gritos°, y aunque sabía que la señora lo estaba mirando no pudo deshacer° aquel nudo° ardiente. Resistió, y mientras más resistía comió apresuradamente. Cuando terminó con la leche y las vainillas, un terrible sollozo lo sacudió° hasta los zapatos.

Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia°, con ganas de llorar, como si nunca hubiese llorado. Estaba inclinado y llorando cuando sintió que una mano le acariciaba° la cansada cabeza y una voz de mujer le decía:

—Llore, hijo, llore...

Lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero con alegría sintiendo que una gran frescura lo penetraba.

Cuando pasó el llanto°, se limpió con su pañuelo° los ojos y la cara. Levantó la cabeza y miró a la señora, pero ella no le miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste.

En la mesita, ante él había un nuevo vaso lleno de leche y otro platillo de vainillas; comió lentamente, sin pensar en nada, como si nada le hubiera pasado, como si estuviera en su casa y su madre fuera esa mujer que estaba detrás del mostrador.

Cuando terminó estuvo un rato sentado, pensando en lo que le diría a la señora al despedirse.

Al fin se levantó y dijo simplemente:

—Muchas gracias, señora; adiós...

—Adiós, hijo... —le contestó ella.

Salió. El viento que venía del mar refrescó su cara, caliente aún por el llanto. Caminó un rato sin dirección. La noche era hermosísima y grandes estrellas aparecían en el cielo de verano.

Pensó en la señora rubia, e hizo propósitos de pagarle y recompensarla° de una manera digna cuando tuviera dinero.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro. Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua. Se tendió° de espaldas°, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

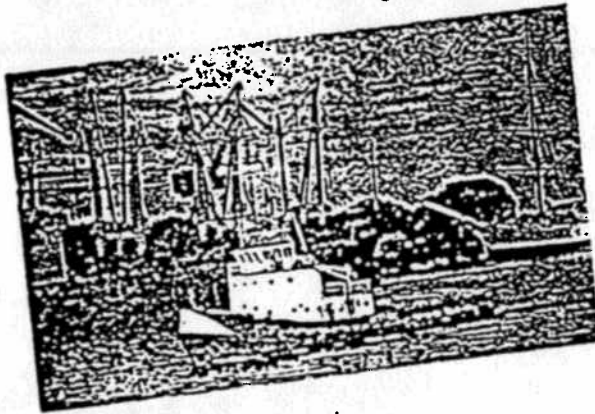
Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto° hacia el mar.

## Según la lectura

1. ¿Dónde estaba el muchacho cuando empezó el cuento? ¿Por qué?
2. ¿Qué le preguntó el marinero inglés? ¿Cómo le respondió el joven?
3. ¿Cómo llegó el joven a este lugar? Explica.
4. ¿Dónde encontró trabajo?
5. ¿Aceptó el préstamo que le ofreció el jefe?
6. ¿Adónde fue el muchacho después de la dura jornada? ¿Por qué?
7. ¿Cómo era la señora en el restaurante? Descríbela.
8. ¿Cómo cambió el joven después de su experiencia en el restaurante?

## En tu opinión

1. ¿Qué sentiste al leer este cuento? ¿Por qué? ¿Qué sentimientos tienes por este muchacho? ¿Y por la señora?
2. ¿Por qué no vuelve a su casa este muchacho? ¿Qué crees que le va a pasar?
3. ¿Existe el hambre en los Estados Unidos? ¿Dónde? ¿Por qué?
4. ¿Qué soluciones hay para este problema? Explícalas.
5. ¿Puedes pensar en otras soluciones? ¿Cuáles son?
6. ¿Has experimentado un hambre fuerte en tu vida? ¿Cómo te sentiste?



## COMPOSICIÓN

- A. **Resumen.** Escribe un resumen de *El vaso de leche* desde el punto de vista de uno de los marineros, o de la señora del restaurante. Explica qué sentiste cuando viste al niño.
- B. **Ensayo.** Escribe un ensayo usando las siguientes preguntas como guía:  
¿Existe hoy día el hambre en el mundo? ¿Dónde? ¿Qué se hace ahora para aliviarla? ¿Qué más podemos hacer? ¿Por qué?
- C. **Conclusión.** Suponte que el cuento no termina con la última frase, "Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar", sino que continúa después con la frase "Al día siguiente...". Usa tu imaginación y escribe el final del cuento.